

## HE VENIDO A TRAER LA GUERRA

“No he venido a traer la paz sino la guerra”. Directo, elemental y paradójico. Insólito e incomprensible en labios de Jesús. El llamado príncipe de la paz, el que ha venido a reconciliar el cielo con la tierra; quien habla de poner la otra mejilla... ahora dice que ha venido a traer la guerra.

Incomprensible. ¿Cuál es la clave para entender esto? Quizá nuestra sociedad ofrece una pista no desdeñable: todo hoy induce a no meterse en líos, a evitar el conflicto a toda costa, al “buenismo”, a la máxima tolerancia, a la permisividad... Lo que se llama la cultura light, neologismo inglés aceptado por la Real Academia de la Lengua, o sea descafeinado. Todo esto que se predica y se practica, pero que conduce a una mayor violencia, a la glorificación de los malhechores, al abuso contra los débiles y los inocentes, a la pérdida de confianza en las personas honestas. En síntesis, a la exención de cualquier tipo de responsabilidad personal.

Frente a una sociedad así, el profeta verdadero no permanece indiferente, no calla. Y se convierte en fuente de conflicto. Los profetas juegan con fuego. Pasó con Jeremías arrojado a un aljibe por orden del rey, a instancias de los principales, quienes no toleraban sus denuncias. A Jeremías le sacaron del aljibe. Pasó con Cristo, pero a Cristo lo crucificaron y no lo bajaron de la cruz sino muerto.

No se trata de volver a los tiempos de los profetas de calamidades, de anunciar con voz cavernosa los castigos del infierno, de difundir la imagen de un Dios ofendido y severo que castiga inexorablemente. Pero sí de tomarse en serio la vida humana y el Evangelio. Éste, que siempre es buena noticia, nos habla de pasar por un bautismo, que no es otro que el trabajo, el sacrificio, la responsabilidad, la lucha contra el mal.

“No habéis llegado a la sangre en vuestra lucha contra el pecado”. Ah! ¿Es que existe el pecado? Este es el asunto y aquí está la clave. Que hemos caído en la ingenuidad de pensar que sin lucha, sin esfuerzo, obtendremos la felicidad y un mundo ideal. Y que el pecado no existe. Error, tremendo error.

Error que ya intuía Albert Einstein cuando afirmaba “no sé cómo será la tercera guerra mundial, pero sí sé que la cuarta será con piedras y lanzas”. Porque dejando suelto al ser humano, en libertad sin otros valores, en activismo sin conciencia, en disfrute de todas las posibilidades sin considerar que existe el otro,... podremos derivar en una tercera guerra que termine con toda la civilización lograda a costa de siglos y para la cuarta no quede nada.

Quizá todo esto resulte demasiado simple y elemental. Pero un pensamiento simple, si responde a la realidad, es más eficaz. “Recordad al que soportó la oposición de los pecadores y no os canséis ni perdáis el ánimo”, sugiero yo con el autor del texto de Hebreos que nos ofrece la Liturgia del próximo domingo.

**JOSÉ MARÍA YAGÜE**



**Imagen:** El profeta Jeremías, detalle. Románico francés del siglo XII.  
Moissac, antigua iglesia abacial de Saint Pierre, portada sur.